

4

Dejarse redimir por Dios en la muerte

El abrirse del hombre a Dios, que se realiza por la fe o la aceptación de ser salvado por Dios, es llevado a la práctica, en última instancia, por el acontecimiento que llamamos redención. A nadie se le ha preguntado si está de acuerdo con el hecho de que Dios salve el mundo por intermedio de Jesucristo. La encarnación de Dios en Jesús se dio como decisión soberana de Dios. Pero, siendo así, el ser humano tiene que tomar posición ante esta decisión. Llamamos fe a esta toma de posición y en la muerte todo ser humano se encontrará muy particularmente ante la cuestión de si se deja salvar por Dios o no. Esta es la única cosa que queda al ser humano en la muerte: *dejar que Dios lo salve*.

Aceptar que Dios actúe con él.

No oponerse a la acción salvífica del Dios que quiere la vida y no la muerte.

En la muerte el hombre debe dejar
que Dios lo salve.

Si por acaso el hombre alcanzara el fondo de su impotencia en la muerte, como se formuló en las reflexiones anteriores, entonces la única cosa que queda por hacer es admitir mi impotencia y que ahora otro actúe por mí. Este otro es Jesucristo.

4.1. La Cruz de Jesucristo como espejo de la situación del hombre en la muerte

Lo que en la muerte sucede con el ser humano es, hasta cierto punto, el mismo acontecimiento a que Jesús se entregó al ser crucificado, pero también manifestación plástica y espejo de aquello que espera al ser humano en la muerte: la impotencia total. El Crucificado no puede hacer nada más. Los miembros de su cuerpo que le permitían moverse entonces, ahora están clavados y le son inútiles. Él está clavado en la Cruz y totalmente entregado a aquello a que los demás lo redujeron. La situación de Jesús crucificado es la situación del ser humano en la muerte.

La situación de Jesús crucificado
es la situación del hombre en la muerte.

Así como Jesús en la muerte, ya totalmente impotente, depende de la acción de Dios, de la misma manera el hombre, igualmente desamparado, dependerá de Dios en su muerte.

4.2. El Dios abandonado por Dios, paradoja que fundamenta nuestra esperanza

Pero existe una diferencia fundamental entre la muerte de Jesús y nuestra propia muerte, diferencia que, en su paradoja incomprensible, constituye la base propiamente dicha de nuestra fe.

Este Jesús, que durante toda su vida siempre se apoyó en su Padre, su Dios, que es amigo de los hombres y que conoce todas las necesidades del ser humano, que está presente para ayudar, este mismo Jesús murió profiriendo un grito horrible e inarticulado de abandono total por parte de Dios (Mc 15, 34-37; Mt 27, 46).

Transcripciones posteriores atenuaron este grito y lo sustituyeron con palabras tomadas de los Salmos¹⁷. Los acontecimientos relatados por Marcos son los que más debieron corresponder a la realidad. Jesús murió profiriendo un grito, no un grito de desesperación, pero sí un grito de reclamo hacia Dios, con quien Él se había identificado

17. Cf. Küng, Hans, *Christ sein*, pp. 329-330.

durante toda su vida. Pero este Dios “no se identificó con El en el final (...). El, que había anunciado públicamente la proximidad y la llegada de su Padre, murió en este abandono total por Dios y señalado por todos como impío: un ser condenado por el propio Dios, borrado de una vez por todas”¹⁸.

Jesús murió totalmente abandonado por Dios.

Es quizás aquí, en esta paradoja incomprensible del Dios abandonado, donde se revela el verdadero secreto de lo que llamamos salvación.

El propio Dios, muriendo en Jesucristo
y abandonado por Dios, nos libró.
A causa de esto la terrible experiencia
de que nosotros mismos seamos abandonados
por Dios en nuestra muerte.

Tomando a su cargo el increíble sufrimiento del abandono de Dios, destruyéndose a sí mismo, El, el ser, asumió el no ser de la muerte en el sentido absoluto e inaccesible para nosotros. Pero así El nos ahorró el pasar por la misma condición en nuestra propia muerte.

Se muestra claramente aquí el tema del sustituto, en el cual siempre insiste la tradición.

Dios sufrió en Jesús aquello que en realidad cada pecador debería padecer: ser abandonado por Dios. En el grito de Jesús abandonado en la Cruz se revela este hecho increíble en toda su incomprensible profundidad. Pues el grito del Crucificado es “el grito a Dios mismo”. Jesús busca a su Dios... El significado característico del abandono de Jesús es el padecer de la pérdida de Dios, la ausencia o la distancia de El.

“En su abandono, Jesús se apropia del dolor y de la muerte del hombre, de la existencia humana en sí. El la experimenta vivencialmente en su más profunda y dolorosa realidad, en la pérdida de Dios”¹⁹.

18. *Ibíd.*, p. 331.

19. Gérard Rossé, *Jesus in seiner Verlassenheit*, p. 69.

Todo esto lo soportó Jesús por todos nosotros. En su abandono, El experimenta hasta el punto más extremo, la paradoja dialéctica de la última solidaridad con los hombres. El es abandonado por Dios para que ya nunca más un hombre sea abandonado por El. He aquí la idea central de la salvación formulada de manera maravillosa en la Carta a los filipenses:

“Siendo de condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios,
sino que se anonadó a sí mismo,
asumiendo la condición de esclavo,
y tomando la semejanza humana.
¡Siendo exteriormente reconocido como hombre,
se humilló y fue obediente hasta la muerte,
y muerte de cruz!
Por eso Dios lo exaltó soberanamente
y le dio un nombre
que está por encima de todo nombre” (Flp 2, 6-9).

Así, de hecho, “Cristo murió y revivió para ser el Señor de los muertos y de los vivos” (Rm 14, 9). Y por eso la muerte perdió su aspecto aterrador, de modo que Pablo puede menospreciarla y exclamar:

“Oh muerte, ¿dónde está tu victoria?
Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón?” (1Co 15, 55).

Desde la muerte de Jesucristo, el hombre no tiene ya que temer la muerte. El ya no tiene que temer, justamente porque puede estar cierto de que aquel mismo Dios que sufrió la muerte, no lo abandonará jamás en su propio morir. Muy por el contrario, dice Pablo: a causa de la muerte de Jesús, la propia muerte cambió de sentido. Ella se convirtió en signo de vida y esperanza, pues:

“Así como todos mueren en Adán,
en Cristo todos recibirán la vida” (1Co 15, 22).

4.3. En la Resurrección de Jesús, Dios se revela como Dios fiel, contra todas las apariencias

Por tanto, la muerte de Jesús tiene sentido fundamental, pues en su abandono en la Cruz se reveló lo que sucedería en la muerte del hombre pecador, si Dios no interviniera.

Pues Dios no deja al hombre en la situación de abandono. ¡Dios interviene!

¡Dios interviene!

Esta es, pues, la certeza fundamental en la resurrección de aquel que fue abandonado por Dios. Esta es la certeza que se refleja en los escritos de Pablo.

Durante toda su vida, Jesús había proclamado la convicción de que Dios “no es Dios de muertos, sino de vivos” (Mt 22, 32). Ahora el mismo Dios confirma esta declaración, manifestándose en Jesucristo, el Resucitado, como aquel que tiene la última palabra aún después de la muerte, como aquel que, partiendo de la muerte, transforma la vida en algo nuevo. No solamente la vida de uno solo, sino, por medio de éste, la vida de cada uno de nosotros.

En este sentido la Muerte y la Resurrección de Jesús se vuelven, en la acepción de la palabra, “acto por el cual Dios se revela al mundo”²⁰.

En la persona de Jesús resucitado,
Dios se revela como aquel que nos da vida
de nuevo después de la muerte.

Y El se revela en el abandono de Jesús por Dios, como aquel que nos quiere ahorrar el abandono de Dios en la muerte. ¡He ahí nuestra salvación!

Lo que el ser humano, pues, debería hacer con ocasión de su muerte es: él debería aprobar el hecho de que esta salvación se realizará también con él.

20. *Mort pour nos péchés*, p. 156.

El debería decir “sí”, en un acto de fe amplio que reúna y supere todos los actos de fe de su vida anterior. Y estos actos, como ya se ha anotado varias veces, para ser actos de verdadera fe, deberán estar vinculados siempre a la vida concreta (Ver Tt 3, 4-7). La tarea del hombre en la muerte es entonces esta:

Decir sí al hecho de que Dios actúa
según su propio criterio.

Decir sí al hecho de que Dios lo salva.

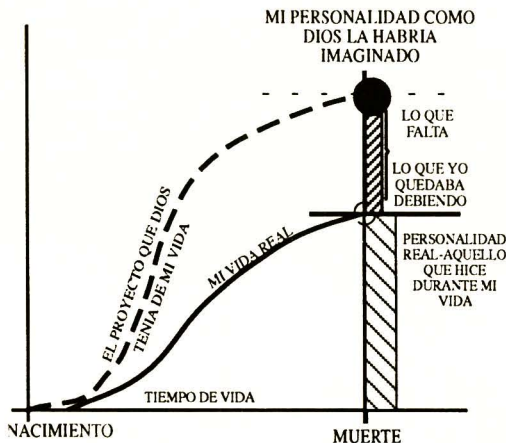
Sin embargo, el autor de la Epístola a los colosenses, explica, en forma altamente expresiva, el significado profundo de lo que llamamos salvación:

“...el nos vivificó juntamente con Cristo. El nos perdonó todas nuestras faltas: destruyó, en contra de los mandatos legales, el título de deuda que existía contra nosotros y lo suprimió, clavándolo en la cruz” (Col 2, 13-14).

En esta certeza de la fe está el fundamento para la superación de cualquier temor frente a la muerte.

4.4. Gracia de Dios y salvación

Concluyendo así las reflexiones podemos, para comprender mejor la situación del hombre en la muerte, recurrir nuevamente al modelo presentado en el capítulo 1.4. (p. 123).



En la vida de todo hombre encontramos promesas no cumplidas, posibilidades no realizadas, encontramos fallas, errores y culpas; en una palabra, todo aquello que en el modelo que mostramos fue designado como “LO QUE FALTA”, AQUELLO QUE YO QUEDABA DEBIENDO.

Sobre toda vida humana pesa la deuda de una nota de promesa no pagada.

Salvación, pues, esta noción clave de nuestra fe, significa precisamente el hecho de ser destruida esta nota de promesa. Ser salvado, significa la remisión de nuestra culpa por la gracia de Dios. He aquí la convicción más profunda de toda nuestra fe:

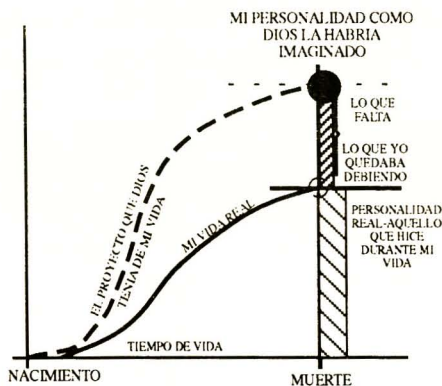
Nuestro Dios, rico en misericordia,
está dispuesto a “darme por gracia” todo lo que yo debía.

La “gracia divina”, esta noción tan poco comprendida por tantos cristianos, se revela así en su significado más claro.

Para expresar todo lo que el hombre vivirá en el momento de su muerte, debemos también añadir a nuestro modelo la dimensión de la “gracia divina”. Dios no es el Señor duro que cobra las notas de promesa hasta el último centavo. Dios está lleno de misericordia, dispuesto a darme “de gracia”.

¿Qué más me podría dar en el momento de mi muerte, que todo lo que yo le debía a El en la realización de mi vida vivida?

En mi muerte, Dios quiere darme “de gracia” todo lo que yo debía en mi vida.



En caso de que la situación del hombre en la muerte sea como se ha demostrado hasta ahora, entonces, podrá objetarse, ¿dónde está el juicio?

¿Y qué sucederá en caso de que el hombre no quiera aceptar esta gracia?

- Es sobre estas preguntas bien importantes sobre las que hemos de reflexionar enseguida.